

COLABORACIÓN

GUADALUPE ORTIZ DE LANDÁZURI

(Será beatificada en Madrid el próximo día 18 de mayo)

PEPITA TABOADA JAÉN

Siempre he tenido la convicción de que el hecho de existir es el mejor regalo que Dios puede conceder a un ser humano. No es la coincidencia, ni la casualidad, ni mucho menos un accidente el motivo que origina la existencia humana. Contando con la colaboración de los padres para servir al querer de Dios, toda persona está llamada a la vida para descubrir el amor de su Creador. Dicho de otra manera: Dios crea al hombre a su imagen y semejanza y le da los medios para participar de su misma vida por toda la eternidad. Quiero pensar que hay mucha gente que llega a descubrirlo y organiza su vida con el afán de agradar a Dios durante el tiempo de que dispone. Los santos son buena prueba de ello. Pero también, vuelvo a repetir, la vida es un don de Dios, nosotros no hemos colaborado en ello. Sin embargo, para lograr la santidad, hay, necesariamente, que hacer nuestros deberes: trabajar, estudiar, luchar contra los defectos, ser constante, aprender a amar... Lo refleja muy bien una frase muy conocida de San Agustín: «Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti...».

Guadalupe Ortiz de Landázuri fue una de esas personas que descubren y corresponden al amor de Dios. Nació en Madrid el 12 de diciembre de 1916; era la cuarta y única chica del matrimonio de Manuel Ortiz de Landázuri y Eulogia Fernández-Heredia. Sus padres la educaron en la fe cristiana. Después del bachillerato se matriculó en la carrera de Ciencias Químicas en la Universidad Central. Más tarde empezó el doctorado.

Era una mujer que rezaba, y un domingo de 1944, al asistir a

misa, se sintió «tocada» por la gracia de Dios. «Sentí muy viva la presencia de Dios», diría ella. Ese mismo día se encontró con un amigo al que manifestó su deseo de hablar con un sacerdote. Este le facilitó el teléfono de Josemaría Escrivá, y ella acudió posteriormente a una cita con él en el primer centro de mujeres del Opus Dei, en la madrileña calle de Jorge Manrique.

Guadalupe recordaba ese encuentro como su descubrimiento de la llamada de Jesucristo a amarle sobre todas las cosas a través del trabajo profesional y de la vida ordinaria: ese era el mensaje que Dios quería recordar a los hombres sirviéndose del Opus Dei. Después de unos días de retiro espiritual, decidió responder que sí al Señor.

El Opus Dei estaba en sus primeros años y había que atender las residencias de estudiantes que se estaban poniendo en marcha en Madrid y en Bilbao. Guadalupe se dedicó durante unos años a estas labores. Con su sentido del humor, la paciencia y el cariño se ganaba y ayudaba a las universitarias en su vida académica y personal.

En 1950, por invitación de San Josemaría, se trasladó a México para llevar el mensaje del Opus Dei a esas tierras. Su pasión por la química le hizo matricularse en el doctorado de Ciencias Químicas que había empezado en España. Con quienes la acompañaron puso en marcha una residencia universitaria a la vez que surgían otras iniciativas: un dispensario ambulante con una amiga, médico de profesión. Iban de casa en casa por los barrios más humildes, facilitándoles los medicamentos gratuitamente. Impulsó la formación cultural y

profesional de campesinas que vivían en zonas montañosas y aisladas del país... En todas las actividades que tuvo que realizar descubría el amor de Dios a lo largo del día.

De 1956 a 1958 vivió en Roma para colaborar más directamente con San Josemaría en el gobierno de la Obra. En esos años se descubren los primeros síntomas de una afección cardíaca y es operada en Madrid. A pesar de la buena recuperación, su cardiopatía se agrava y regresa definitivamente a España.

Su enfermedad no le impide retomar la actividad académica y empieza una investigación sobre refractarios aislantes, ganando con este trabajo el premio Juan de la Cierva. Terminó su tesis doctoral, iniciada años antes, obteniendo la máxima calificación. A la vez desarrolló su tarea docente como profesora de Química en el Instituto Ramiro de Maeztu durante dos cursos, y en la Escuela Femenina de Maestría Industrial durante los diez años siguientes.

A partir de 1968 participa en la planificación y puesta en marcha del Centro de Estudios e Investigaciones Domésticas (CEICID), del que será subdirectora y profesora de Química de Textiles.

Su enfermedad se agravaba. Guadalupe no se quejaba y procuraba que no se notase el cansancio que le producía el caminar, subir escaleras, etc. Intenta pasar inadvertida, escuchando con interés a los demás. Es trasladada a la Clínica Universitaria de Navarra y, aunque el resultado de la operación fue satisfactorio, sufrió una repentina insuficiencia respiratoria. Murió en Pamplona, con fama de santidad, el 16 de julio de 1975 a los 59 años de edad.